

Gracias, Robert

IGNACIO SANTIAGO ÁLVAREZ MIGUEL

CATEDRÁTICO DE LA UNIVERSIDAD DE EXTREMADURA

Robert Edwards, padre científico de Louise Brown, la primera niña (mal llamada) probeta, falleció después de una larga enfermedad el 10 de abril. Sin su empuje en el tratamiento de las parejas infértiles que se produjo en los 70, cinco millones de personas ahora no existirían

NO es por ti Robert, entrañable profesor de Inglés, ni por ti Roberto, amigo de siempre, sino que quiero dar las gracias a otro Robert, a uno que destacó por ser transgresor y visionario, a uno que impresionó por la grandeza de su labor y el gran significado de su trabajo. Tengo que dar las gracias a ese Robert porque ha acelerado la marcha de nuestro mundo, haciendo girar la espiral de la ciencia a muchas más revoluciones, como si en el mundo de la biomedicina tuviésemos un nuevo combustible, mejor aún, como si en el mundo de la fertilidad nos subiésemos a un avión a reacción.

Hablo de Robert Edwards que fue padre científico de Louise Brown, la primera niña (mal llamada) probeta, del iniciador de la saga de los Allister, Candice, Elisabeth, Anna Victoria, Carlos y miles y miles de nombres que han nacido gracias a la fecundación in vitro. Sir Robert Geoffrey Edwards ha sido el responsable, hablando en términos científicos, del nacimiento de más de 5 millones de personas y ha fallecido después de una larga enfermedad el pasado 10 de abril. Sin su empuje en el tratamiento de las parejas infértiles que se produjo en la década de los años 70, todas estas personas ahora no existirían. Cómo no darle las gracias.

Muchos de estos bebés son ya adultos y en muchas ocasiones no conocen que sus primeros días de desarrollo se realizaron en incubadoras y no en el cuerpo de su madre. Muchos desconocen, por el miedo de sus padres a un estigma infundado, que deben su existencia a los esfuerzos del doctor Edwards. Antes de realizar la primera fecundación in vitro en humanos, Robert estuvo más de 20 años realizando un duro trabajo de laboratorio con animales de experimentación para conocer las bases científicas de la fertilización y de las primeras etapas del desarrollo embrionario.

Espero que según sigan naciendo estos niños

no solamente puedan conocer como se concibieron, sino que estén orgullosos de saber que son fruto del espíritu de colaboración y de la cooperación desinteresada de Robert con un ginecólogo, el doctor Steptoe. Espero que sepan que fueron fruto de la curiosidad científica, de la generosidad, del desarrollo tecnológico, del afán de conseguir la meta de la curación de la esterilidad. Fue el resultado de la responsabilidad y profesionalidad de unos investigadores lo que permitió la gestación (y casi no es una metáfora) de la fecundación in vitro y consecuentemente de todas las técnicas asociadas que se engloban como reproducción asistida.

Sólo me queda por decir que no todo fue fácil para Robert Edwards y eso también se debe transmitir, y no solo a los niños probeta, sino a todas las generaciones futuras. Al fin y al cabo todos tenemos el mismo origen (óvulos y esper-

matozooides) y la reproducción asistida no nos hace diferentes. Una situación que le resultó especialmente difícil (pues era ajena a su labor científica) fue lograr su reconocimiento.

Robert Edwards fue continuamente criticado por su transgresión de los principios morales esta-

blecidos por ciertos círculos de influencia, cuestionado por gobiernos y por entidades atadas a compromisos políticos y religiosos, mediatizado como un personaje sin escrúpulos que comercializaba con la vida. Por eso, todos los que sabemos de cierto que Robert Edwards fue sólo un gran científico, comparable quizá con Watson y Crick (o por qué no con Ochoa o Cajal) y que además su aportación científica (la fecundación in vitro) ha supuesto uno de los hitos más relevantes en la sociedad en los últimos 50 años, no pudimos más que regocijarnos y quedar tranquilos cuando consiguió el premio Nobel en 2010. Menos mal, pues si la academia de Estocolmo se lo hubiese seguido negando, ahora sería tarde pues no puede recibir el galardón alguien que ya ha fallecido.

Gracias Robert.

